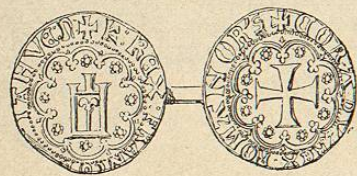


alegando su autoridad pontificia. Los duques de Berri y de Borgoña se retiraron profundamente irritados. La cólera de la Universidad fué tanto más viva cuanto que sus esperanzas habían sido mayores. Escribió al papa que su obstinación sería cismática; apeló de ella al papa futuro, elegido canónicamente, y anunció que iba a ponerse en campaña para hacer triunfar, á pesar de todo, la vía de cesión. Los más famosos doctores, Plaoul, Deschamps, Courtecuise, fueron, como misioneros de la Universidad, montados sobre jacas á estilo de las damas, á predicar en las ciudades, en las escuelas, en las cortes, contra los dos papas. Como atacan los vicios de las iglesias, al mismo tiempo que el cisma, infunden en los espíritus la idea de una reforma general.

Hungría, Aragón, Castilla, Escocia, Navarra, el duque de Baviera y algunos prelados alemanes parecieron adherirse á las proposiciones de la Universidad y del



Moneda de Carlos VI, acuñada en Génova

rey. El emperador y el rey de Inglaterra vacilaban. Para obligar á Benedicto XIII á que cediera, la Universidad, en una nueva asamblea del clero, celebrada en agosto de 1396, propuso «la substracción á la obediencia:» la Iglesia de Francia se negaría, hasta que la unión se hubiese realizado, á reconocer la autoridad del papa de Aviñón. Antes de decidirse á tomar este partido extremo, el rey negoció nuevamente con Inglaterra y con Alemania. Una entrevista que se verificó entre Carlos VI y Wenceslao de Bohemia en Reims, á fines de marzo de 1398, no adelantó mucho las cosas. Se hicieron nuevas gestiones cerca de Benedicto XIII. Pedro de Ailli, obispo de Cambrai, uno de los doctores más famosos de la Universidad, antes partidario entusiasta de la unión, pero muy apaciguado por los honores, fué, en nombre de Wenceslao, á Aviñón y á Roma á suplicar á los papas con una dulzura y una unción que fueron enteramente inútiles. Por fin, Benedicto XIII pareció provocar al rey de Francia, rehusando prorrogar más allá de 1.º de abril de 1398 las décimas de que vivía en parte el gobierno real.

El 22 de mayo de 1398 se inauguró en París una nueva asamblea del clero para examinar la substracción á la obediencia. En dicha asamblea, á la que asistían más de cincuenta obispos, el rey está representado por los duques de Borgoña, de Berri y de Orleans. El concilio instituyó un debate contradictorio entre seis doctores designados de oficio para defender á Benedicto XIII, y otros seis encargados de acusarle. Se discurió durante una semana, y después se aplazó la asamblea. Se hizo un escrutinio; los duques de Berri y de Borgoña, acérrimos partidarios de la substracción inmediata, lo vigilaron y presidieron al recuento de votos; el duque de Orleans, mucho menos animado contra el papa de Aviñón, se mantenía en actitud reservada. Sin embargo, se aguardó más de un mes en dar á conocer el resultado. Por fin, en 28 de julio, la asamblea se reunió de nuevo;

pero el duque de Orleans no compareció. El escrutinio dió ciento cuarenta y siete votos en pro de la substracción inmediata, veinte por la substracción después de hacerse una última tentativa, y diez y seis en favor de un nuevo concilio. Estas cifras eran falsas; la mayoría en pro de la substracción inmediata había sido escasa: ciento veintitrés votos contra cerca de noventa (1). Pero desde la víspera la ordenanza real estaba preparada, y se promulgó en seguida. El duque de Orleans se decidió, por último, á dar también su adhesión.

La substracción era un hecho de extraordinaria gravedad. Ni el clero ni los fieles nada deberán pagar en lo sucesivo, por cualquier título que sea, á los agentes de Benedicto XIII. El Papado había absorbido la colación de la mayor parte de los beneficios eclesiásticos (2): en adelante, los beneficios serán provistos según las reglas canónicas, por elección ó por la colación de los patronos. Los beneficios de aquellos que seguirán siendo adictos á Benedicto XIII se darán á otros ó se pondrán en secuestro. Ningún comisario de Benedicto XIII (conservador apostólico, auditor, juez, delegado, ejecutor) podrá ejercer sus facultades en el reino ni hacer acto alguno de procedimiento, tal como citación, nominación, censura, etc. Se llamaba á ese régimen la vuelta al antiguo derecho, la «restauración de las libertades de la Iglesia de Francia.»

Esta revolución llevó una perturbación extraordinaria á la vida religiosa. Como el Papado estaba suspendido, por decirlo así, no hay más autoridad general, en materia eclesiástica, que la del rey nuevo Carlomagno, jefe de una especie de Iglesia nacional autónoma: lo cual era muy peligroso para la Iglesia en aquel tiempo. Todos los usos para la concesión de los beneficios se habían reemplazado por reglas antiguas; pero estas reglas ya estaban olvidadas; la tradición de las elecciones se había perdido, y la vuelta al pasado corría el riesgo de crear nuevos abusos. Finalmente, no había unanimidad, para la substracción, en la Iglesia de Francia. Varios prelados y numerosos dignatarios eran adictos al papa de Aviñón por interés ó por conciencia. La Universidad de Tolosa le sostenía enérgicamente. ¿Cómo expulsar á todos los partidarios de Benedicto XIII? Y el papa seguía confiriendo beneficios vacantes y enviando colectores y jueces. La situación amenazaba hacerse muy intrincada.

Al mismo tiempo que el Papado, estaba también en crisis el imperio, segundo gran poder de la Edad media. Wenceslao, que no salía apenas de sus bosques de Bohemia, había perdido toda autoridad. En Italia había nombrado á Juan Galeas duque de Milán, y dejado que los franceses se establecieran en Génova y en Nápoles, cuyos hechos se le reprocharon como otros tantos atentados contra la integridad del imperio. También

(1) N. Valois, obra citada, III, pág. 72.

(2) Poco á poco los papas habían acaparado, con pretexto de reservas, de prohibiciones y de expectativas ó gracias, el derecho de nombrar para un gran número de beneficios á los cuales se proveía en otros tiempos por elección ó por designación de los patronos. Para dar una idea de este acaparamiento, basta recordar, como ejemplos, que el 18 de noviembre de 1378, Clemente VII había puesto á disposición de Carlos V cien canongías y otras tantas á disposición del delfín, y que el mismo papa abandonó á Carlos VI, cuando éste le visitó en 1389, la provisión de setecientos cincuenta beneficios.

se le tenía mala voluntad por ceder en todos los pequeños conflictos que se suscitaban con Francia sobre las fronteras imperiales de Saboya ó de Flandes, en los obispos de Cambrai, de Verdún, de Toul y de Metz. Estaba en gran intimidad con el duque de Orleans, cuya ambición se temía. En fin, se contaba que en una entrevista en Reims Wenceslao había prometido á Carlos VI substraerse á la obediencia del papa de Roma, á quien Alemania quería permanecer fiel.

Desde 1397 se trató de deponer á Wenceslao, que se quedó tranquilamente en Bohemia y que no compareció á la última citación que le hicieron los príncipes del imperio en el verano del año 1400. Carlos VI, solicitado por él, intervino muy flojamente para sostenerlo. En 20 de agosto Wenceslao fué depuesto, y al día siguiente Roberto de Baviera fué elegido rey de los romanos. Los dos pidieron el apoyo del rey de Francia; pero Orleans estaba en favor de Wenceslao, y Borgoña en favor de Roberto. Una demostración armada del duque de Orleans no dió ningún resultado. Los enviados del rey de Francia asistieron, en enero de 1401, al coronamiento de Roberto de Baviera. Pero Wenceslao no aceptó su destitución, y en su consecuencia hubo cisma en el imperio como en la Iglesia, y dos emperadores como había dos papas.

Mientras que la cristiandad se dividía de esta manera, los turcos habían hecho en la península de los Balcanes progresos alarmantes. Después de la gran batalla de Kossowo, Bayaceto, «el Rayo de la guerra,» había avanzado hasta el Danubio y en 1391 decentado la Hungría. Toda Europa estaba amenazada. Entonces, al llamamiento del rey de Hungría, se volvió á hablar de cruzada. Era el momento de la tregua entre Francia é Inglaterra; los jóvenes caballeros de los dos países buscaban ocasiones de gloria. En 1395 fué Francia la que, fiel á su tradición, mostró más entusiasmo por la cruzada. Una embajada húngara fué á Lyon á ponerse de acuerdo con el duque de Borgoña. El mando de los cruzados de Francia se dió á su hijo mayor, Juan, conde de Nevers, que no tenía más que veinticuatro años. A su lado se agrupó toda «la flor de caballeros y de gentes nobles» en número de cerca de diez mil hombres. Provisos de indulgencias pontificias, partieron, brillantes y gozosos, como si fueran á un torneo. Por su parte el rey de Hungría, Segismundo, había reunido un fuerte ejército compuesto de alemanes, ingleses, polacos, válacos y sobre todo húngaros. La concentración se hizo en Buda. Segismundo hubiera preferido aguardar á los turcos; no tenía confianza en este ejército abigarrado. Pero los caballeros franceses querían en seguida una batalla.

Para atacar á los turcos en la orilla derecha del Danubio, el ejército pasó el río cerca de Orsova y luego avanzó desde Widdin hasta Nicópolis. El descuido era tan grande que Bayaceto pudo acercarse á los cruzados sin que éstos lo notasen. En 25 de septiembre de 1396, cien mil cristianos se encontraron con ciento diez mil turcos. Para animarse, los cristianos degollaron antes de la batalla á todos sus prisioneros musulmanes. Los franceses atacaron á su manera; cayeron derechamente sobre el enemigo; pero los turcos volvieron á cerrarse sobre ellos, mientras que la mayor parte del ejército de Segismundo emprendía la fuga. Se dice que los cruza-

dos mataron á treinta mil infieles. Bayaceto, exasperado por sus pérdidas, fué implacable. Jaime de Heilli, que sabía el turco, le designó á los señores más poderosos y más ricos. Los demás prisioneros desfilaron á su presencia. Bayaceto les miraba un momento, daba una señal y los genizaros los mataban sucesivamente. No pasaron de veinticuatro los caballeros perdonados. Internados en el Asia Menor esperaron durante nueve meses su rescate (1).

Mal terminaba el siglo para la cristiandad, perturbada en la persona de su jefe y en sus miembros. El escándalo del cisma se inveteraba y en Inglaterra y en Alemania veíase la fe amenazada por herejías. En el Oriente de Europa la cruz ha sido vencida y no cesa de perder terreno; en todas partes la sociedad ha visto turbada por la lucha de los pequeños contra los grandes; el orden político está trastornado, habiendo sido arrojados del trono un rey en Inglaterra y otro en Alemania. Y la Francia, con su monarca loco y sus príncipes ocupados en sus intereses y en sus ambiciones, hállase amenazada de una guerra civil; la paz con Inglaterra está gravemente comprometida á consecuencia del destronamiento de Ricardo II, y la Iglesia del reino se ve desgarrada por la substracción á la obediencia. De los grandes proyectos concebidos por el rey ó por los príncipes, casi ninguno ha tenido éxito; se han cometido muchas locuras, se ha gastado mucho dinero y se anuncian para el porvenir grandes desgracias.



Moneda de oro de Carlo VI

### CAPITULO III

#### LA GUERRA CIVIL (2)

I. Orleans y Borgoña.—II. Primeros conflictos.—III. Juan Sin Miedo y el asesinato del duque de Orleans.—IV. Armagnacs y borgoñones.—V. Los Estados de 1413.—VI. Los cabochianos.—VII. Cisma y concilios.

#### I.—Orleans y Borgoña

En la mayoría de los grandes problemas que ocuparon la política real á fines del siglo XIV, hemos visto ya surgir una rivalidad alarmante entre el hermano y el más poderoso de los tíos del rey, entre el duque de Orleans y el duque de Borgoña; en los primeros años del siglo XV, esta rivalidad es causa de disensiones en la corte, en el gobierno y en el reino.

El duque de Orleans es un príncipe delicado, agra-

(1) Delaville Le Roulx, *La France en Orient au XIV siècle*, 1886.

(2) FUENTES.—Véanse las fuentes indicadas en la pág. 516, excepción hecha de la *Chronographia regum Francorum*, de la *Chronique des quatre premiers Valois* y de las *Chroniques* de Froissart, que sólo llegan hasta fines del siglo XIV ó principios del XV. Añádanse, en cambio, Enguerrand de Monstrelet, *Chroniques*, edición Douët d'Arcq, 1857-1862. Le Fevre de Saint-Remy, *Chroniques*, edición Morand, 1876-1881. Pedro de Fenin, *Mémoires*, edición Dupont, 1837. G. Le Bouvier, llamado el heraldo Berri, *Chroniques*, en Juvenal des Ursins, *Histoire de Charles VI*, edición Dionisio Godefroy, 1635. *Journal d'un bourgeois*